

LOS FUNDADORES

Jaime Martínez-Salguero

Sangrienta, en verdad sangrienta había sido la batalla que, una vez más, sostuvo con su tradicional enemigo. Ahora, sentado sobre una piedra, aspirando el olor de la sangre, que todavía impregna el ambiente, se regodea “*Wila, waljawila* ha chorreado de hartos cuerpos”. Sí, mucha sangre se había derramado cuando las piedras, las lanzas y los palos, enarbolados por el odio fratricida, hirieron los cuerpos de unos y otros combatientes, arrancándoles la vida o dejándolos inútiles para la guerra y el trabajo. “Las armas de mis *wainanakaja walimut’ua siriphjewa*”, la gente de mi ejército ha hecho correr a los otros, o los ha acabado, sin piedad; porque mis *wainas*, como todo joven, buscan la gloria en la *wila* de los otros, y con esa sangre escriben la victoria dentro de su *ajayu*, su alma; por eso no deben disputarme el señorío de estas tierras, esos, que ya van camino del *mankapacha* a encontrarse con los muertos, a los que *nayajiwaitua*, también los hemos matado, para que aprendan a no meterse con nosotros.

Los soldados se agrupan en círculo alrededor de Zapaña cuando éste comienza a beber sangre en el cráneo de uno de los vencidos. “Este debería ser Kari y no *Khaja jiwatanaca*, ellos están muertos”.

Después abre otro corazón y vierte el líquido de la vida en el recipiente por él usado, para que otro valiente beba más valor en la sangre del guerrero muerto. Los labios de los hombres se van tiñendo de rojo a medida que absorben lo mejor de la existencia del enemigo. De pronto, antes de que termine la cruel ceremonia, Zapaña escucha una voz: “Otra vez me habla ése... pero, ¿qué dice?” La mano enrojecida queda en suspenso ante el asombro de los fervorosos jóvenes, que desean beber el licor que introduce nueva furia en las manos pendencieras. Recogido en sí mismo, el general se

aparta del grupo. “Siento la *samana*, la respiración del que me ha hablado... me persigue, pero tiene otro tono. La que un día me ha mandado pelear con los *karis* estaba llena del *nina* que enciende la guerra, ésta, en cambio, es mansa... sin embargo, tiene más fuerza que la otra.”

El guerrero camina. “Suma palabra me trae el *t’aya* y la oigo, es tan honda que no la comprendo.” El viento se enfurece sacudido por fuerte mano invisible. Zarandea a la paja brava, agita a la *thola*, revuelve a la tierra, levanta legiones de polvo que se introducen en los ojos, las bocas, las orejas clausurando la visión, la palabra, la audición. Todo es viento huracanado, ululando, arrancando plantas, tumbando guerreros. El general cae al impulso de colosal soplido; rueda, rueda sin que ninguno de sus soldados se anime a disputar el cuerpo al furor del viento. Siente las magulladuras de la caída, se da cuenta que sangra, pero no atina a hacer nada, porque el cerebro se le ha inmovilizado con el terror. El viento lo envuelve por todo lado; el golpe de su cuerpo contra una peña lo detiene en seco.

Zapaña recobra la conciencia poco a poco. Ya no hay viento, ni hombres ni animales. La soledad lo recibe en silencio. Se incorpora; el dolor lo vuelve a postrar. “¿*Kunaspasitu?*, ¿qué me ha pasado? El pensamiento busca al pasado y mira al grupo de hombres bebiendo sangre en el cráneo de los enemigos. En eso, el canto del minúsculo pajarito le abre los oídos del alma e interrumpe el flujo del recuerdo. “Otra vuelta esa voz. Sale de mis adentros, de donde guardo mis planes más secretos, donde están mis pensamientos que se resisten a hacerse palabra con sonido. ¡Ya! ¡Cómo puede ser eso! ¿Acaso?” Ciertamente la voz es suave, pero lleva un tono de mando tan imperioso, al cual el conquistador de hombres no puede resistirse. ¡Arrodíllate! Se está incorporando, la punzada en el cuerpo lo vuelve a postrar. ¡Escucha, las palabras preparan, siempre, las grandes obras que te obligan a levantarte hasta la altura de tu decisión. “*Jisa, Tata*, sí, pero duele. Ayúdame”. Una luz se enciende en el aire, lo entibia, lo arremolina y envuelve al cuerpo maltratado por la furia de la naturaleza. Zapaña siente que las laceraciones de su cuerpo se pegan en las palmas de manos robustas, y se van, junto con la brisa que pasa. Ahora, ¡de rodillas! El cuerpo del guerrero salta con la agilidad de la obediencia que esa voz le ha impuesto. En seguida, ¿oyes?, en seguida buscas diez hombres con lunar en la cara y los llevas hasta la orilla del lago, y esperas. “*Jisa, Tata*”. Los pies caminan con la prisa que el mandato superior les ha impuesto.



Los soldados buscan por todos lados a su caudillo, pues lo han visto caer empujado por el viento fuerte. Tras varios días de búsqueda, como no lo encuentran comienzan a pelear entre ellos. Muchos mueren atrapados por la ambición del mando, que les hace levantar las armas para reclamar la supremacía, y caen vencidos por el infortunio; otro, logra someterlos momentáneamente y las fechorías se repiten por todo el territorio, hasta que el más osado siente latir en sus venas la fuerza de la gloria, y la rebelión levanta su estandarte de desacato ensangrentando a la facción. El ejército de antes es ahora una menada, cada vez menos numerosa, y, claro, menos amenazante para los *karis*, sus tradicionales enemigos, en esta contienda inútil.

Zapaña está cansado de buscar y buscar gente con tan peculiar signo en el rostro, y de pelear con la voz que se ha plantado en su interior, dispuesta a demoler orgullos, a talar egoísmos, para lograr, a largo plazo, el crecimiento de la solidaridad y el acatamiento a lo de arriba. La voz es persistente como testarudo es el militar. Poco a poco ese susurro interior va abriendo nuevos caminos de vida en el corazón del *mallku*. Al atardecer de un día llega a una casa perdida en la inmensidad de la llanura, ahí le ofrecen agua y comida. La noche se le incrusta en el cuerpo, y filtra extrañas inquietudes en el sueño, que no alcanza a ser sino sobresalto en la modorra y el adormilamiento. Cuando el sol sale, ve que los tres hijos de la gentil pareja tienen un lunar en diferente sitio de la cara. Los adolescentes lo siguen sin chistar, amarrados a su voluntad por fuerza superior. La planicie se extiende con la constancia del aprendizaje de infinito; a momentos, las cordilleras que la fatigan se hunden en hondonadas donde habitan unos cuantos hombres, temerosos de los ejércitos que llegan, matan, incendian, violan, enganchan por la fuerza a los hombres, y se van.

Seguido por los tres jóvenes, el general encuentra a un hombre en la curva de la senda montañosa. Se miran en silencio. El extraño le sonrío; tiene un lunar en el pómulo derecho. Sin decir palabra, vuelve sobre sus pasos y los guía por aquellos breñales hasta un rancho donde encuentran descanso y comida. Después de reposar, vuelven a peregrinar en busca de hombres con lunares en la cara. El ruido de piedras que caen los detiene. Levantan los ojos, ven cómo un grupo de guerreros caen sobre ellos con las armas listas, y se enzarzan en feroz pelea. Dos atacantes caen al empuje de hombres pacíficos decididos a cumplir la misión encomendada por voz extrahumana. El *Mallku*, el general, murmuran algunos soldados y dejan la pelea. “¡Imbéciles. Ahora mando yo! ¡Mátenlo!” Nadie se mueve. Huanca, el nuevo mandamás, encendido con furia homicida, al ver su autoridad en peligro, se abalanza con el

garrote en alto. Cae desarmado por la rápida mano de Zapaña, quien, ahora, blande la porra, mientras mantiene con la mirada en el suelo al atacante. ¡Otro! Nadie se anima. ¡En fila contra la roca! La orden se cumple en silencio. Huanca está entre ellos con los ojos bajos. El general los mira detenidamente. “Tú...y tú, quédense. Los otros, váyanse antes de que me enoje!” Ahora ya son seis los que ostentan la señal en la cara.

Los hombres que siguen a Zapaña lo ven continuamente meditando y moviendo los labios al pronunciar palabras que ellos no oyen. Intuyen que se encuentra en diálogo con alguien invisible para ellos; y, con asombro, sienten que esa revelación se les introduce en el corazón, transformándolos. Al mismo tiempo, el silencio les hace entender que el mensaje superior llega a otras almas, pero choca con el orgullo, rebota en él, y se va llorando. Cuando llegan a la ribera del lago, el *mallku* entra en éxtasis; luego, con los ojos cerrados murmura: “*huma, huma, kota*”. Sí general, agua, el lago, le responden sus seguidores. “Desvistámonos, y entremos en el agua, todos. Nos estamos purificando.” El agua fría penetra por las plantas de los pies borrando el cansancio, introduciendo efluvios que llegan hasta sus corazones y sus mentes. Se secan con cuidado, todo en un silencio sagrado que pone un toque místico en las almas de todos los hombres. Balsas de totora se mecen en la orilla. Hombres rudos se interponen entre las embarcaciones y la gente de Zapaña, gritando desaforadamente, amenazándolos



con sus hondas. De pronto, ante el asombro de todos, el sol despide llamas de fuego que envuelven a los atacantes, pero no los quema; los paraliza, se contorsionan gritando de dolor, luego huyen precipitadamente, dejándoles el campo libre. Al cabo de unos minutos tres hombres llegan pacífica y silenciosamente; con respeto, les ofrecen las embarcaciones. Todos tienen un lunar en la cara.



Las pértigas impulsan a los barquitos y los hombres comienzan a navegar. Cuando ponen en su sitio a las velas de paja, el viento los empuja a destino seguro, ignorado por ellos. El sol brilla y parece sonreír en los corazones de la gente, introduciéndoles una fe renovada mientras la pequeña flota se desliza sobre las aguas azules. Al caer la tarde, cuando la última nube se ha despojado del rojo-lila del ocaso, divisan una bahía y en ella recalán bajo el aleteo de la primera estrella. “La *chaska* nos recibe”, murmura el general. “La *urpa*, tan roja, que han visto ahorita y que se ha ido destiñendo, es un mensaje. Escuchen: “*k’ayanuwasiñaj tukuyjañapawa*. ¿Entienden.” Sí, y estamos de acuerdo. La pelea debe terminar. “Bueno. Mañana saldremos a otra parte. Descansemos”.

Las miradas no se desprenden del peñón que parece flotar en el lago. Tensos, los músculos van empujando el agua con rústicos remos, con los cuales ayudan al viento a impulsar las balsas de totora. La emoción ante lo desconocido hace latir los corazones, que no comprenden el motivo de no haber atracado en la isla que acaban de dejar atrás, enfilando a la otra, más imponente, pero distante. Todos están en silencio. Desembarcan en esta tierra que los ha venido llamando con la fuerza de las profundas voces superiores. Ya en la playa, todos a una, sin ponerse de acuerdo gritan: “*Jallalla, jallalla*”. Este vítor resuena en la tarde que declina, en las olas, en el cielo y vuelve a ellos con la dicha del logro conseguido. No han dejado de vitorear cuando, nuevamente, la voz se hace oír en la mente de Zapaña. El hombre cae de rodillas. El tiempo se alarga en un tenso minuto que jala la atención de todos

hacia la figura prosternada. Al levantarse, el *mallku* los mira con ojos en los cuales late una luz renovada. *Jau ikipjanti aka arumana ’nayapkama*. La sorpresa se abre en el silencio respetuoso del grupo a su líder, pero, íntimamente cada uno se pregunta: ¿Por qué no podemos dormir esta noche, si estamos cansados? ¿Qué señal esperamos? Sin embargo, con la obediencia que los grandes acontecimientos imponen al ser humano, velan en silencio, mirando cómo la noche se ocupa en trasladar estrellas de un confín al otro.

La neblina del amanecer cerca a los hombres con una cortina húmeda, que, una vez más, les renueva los corazones. Cuando la niebla se levanta, del otro extremo de la isla ven que algo se mueve en el horizonte; a medida que la distancia se acorta, los hombres de Zapaña ven que son guerreros encabezados por Kari, su mortal enemigo. Se inquietan; observan cómo los músculos de la cara de Zapaña se ponen tensos, y escuchan el grito, lanzado con inconfundible acento kari “¿para esto me has traído aquí?” Un rayo seco cae cerca del rebelde, quema la roca, abre una cueva. “*Amuki*”, dice Zapaña. “Silencio”, ordena una voz extrahumana. De la oquedad abierta majestuosamente sale la esposa de Zapaña, tan olvidada por los trajines del caudillo. Se toman de las manos con la emoción de años de amor ausente. Una voz baja del cielo con la majestad propia de las alturas: “Porque has sabido descender a las alturas, sí, hijo, la obediencia te despoja de ti y te llena de mí, la altura por excelencia. Porque has oído mi voz pidiéndote que ames a todos por igual, y porque has aceptado todo cuanto te he ordenado; ahora te encargo otra misión. “No: Tengo que destruirlo. Es mi enemigo”, y, amenazante, Kari da un paso adelante. “¡Detente!” La voz lo paraliza. “Kari, es tu hermano”. Debe morir, no lo acepto como hermano. “Entonces, Kari...” El viento comienza a soplar furiosamente, levanta polvo, mucho polvo que envuelve al réprobo. El agua, llevada por el viento, forma barro en el cuerpo del rebelde y el sol lo seca en un instante. La figura cae y se despedaza, ante el asombro de los asistentes. El tiempo es admiración, respeto, silencio. La voz, con el mismo amor del principio, y con la firmeza que ha puesto lo recientemente acontecido, continúa: “*Mallku*, bien llamado *Mallku* por tu pueblo, de ahora en adelante te llamarás *Kapaj*, y tú, mujer, *Ojlo*.” Los rostros de la pareja comienzan a resplandecer y sus cuerpos se levantan del suelo. Los hombres de ambos grupos caen de bruces, en señal de acatamiento. Al silenciarse la voz, *Mallku Kapaj* y su pareja se posan en el suelo. El varón tiene una varilla de oro en la mano derecha.

Con la dignidad de reyes, seguidos de toda la gente, se encaminan en busca del sitio donde la vara de oro se hunda en tierra, en señal de haber encontrado el sitio donde deben fundar un imperio, por mandato del sol, su padre. ■

Jaime Martínez-Salguero (Sucre, 1936). Escritor boliviano, miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua correspondiente de la Real Española. Es catedrático de literatura latinoamericana en la Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia. Sus más recientes libros, son *Mis paisajes interiores* (Poesía, 2005), *Moradores de la tierra* (cuentos, 2007) y *De la muerte y otros cuentos* (2007).